

dentro de los límites que la moral y la corrección requieren, y para llamar al médico, verbigracia, si es que con la visita va aparejado un reconocimiento general, tienen que hacerse unas cuantas abluciones, también generales.

Y como hay otros casos, que no juzgo necesario exponer aquí, en los cuales, sin que vaya á venir el médico, hay necesidad de limpiarse, so pena de adquirir con otra persona un concepto muy feo, resulta que anda por la calle mucha gente que se baña, más ó menos bien, tres ó cuatro veces al año, pues en esos aprietos y compromisos que señalo no hace falta lavarse más que la vez primera. A la segunda ya hay confianza, y para mucha gente en la confianza entra la suciedad como cosa inevitable.

Veán ustedes, pues, que la limpieza, que los higienistas predicán como necesidad corporal, puede ser necesidad meramente social, y por lo tanto, reducida para mucha gente.

Por último, el colmo de la limpieza por sí misma, como si dijéramos el arte por el arte, es el de un mozo que ha poco tiempo estaba empleado en cierta oficina. Su cargo y su quehacer consistían únicamente en limpiar las manchas de tinta que el público echase en las mesas colocadas en el centro del salón, para escribir. Pues cada vez que alguien dejaba la pluma sobre la tabla ó ensuciaba ésta con una gota de tin-

ta, el hombre se ponía á dirigirle miradas furiosas y á murmurar entre dientes palabras de reconvención. . . . en fin, á quejarse de que la gente fuera tan cochina. Y es que el hombre no pensaba que si la gente hubiera dejado de serlo, él no hubiere obtenido en la administración ese medio de ganarse la vida. . . .

LA COPA

Cada país tiene sus diferentes maneras y sus distintos sitios para arreglar los negocios; aquí los arreglamos casi todos con la copa.

La copa viene á ser el remate obligado de todo asunto que ha tenido éxito satisfactorio para los que han intervenido en él. Una transacción mercantil, un préstamo de dinero, un negocio cualquiera proyectado, hasta un asunto de familia, tienen que redondearse, recibir la última mano, como quien dice, en la cantina.

Parece que con las copas en la mano se establece mayor intimidad, un lazo más estrecho, mayor obligación de ceder cada uno una parte de sus ambiciones en provecho del otro. . . . en fin, que se supone mayor cantidad de altruismo, de buen deseo en el contrincante, después de haber brin-

dado, copa en ristre, con la fórmula, ya casi sagrada en fuerza de obligatoria é insustituible, de «á la salud de usted.»

Y además de eso, el tomarlas juntos significa, para los que la toman, un sello de amistad, siquiera pasajera y limitada, como hija del acaso muchas veces, una protesta muda de buena fe entre los dos individuos á quienes las circunstancias de la vida les han hecho necesitarse mutuamente.

Encuentra usted un amigo en la calle, le saluda, le habla, le pide usted diez pesos prestados, después de haberle echado unos capotes convenientemente para prepararle á la suerte suprema y corre usted veinticinco probabilidades contra treinta de que no se los dé, por muy sentimental ó muy trágico que sea el discurso de que va acompañada la petición.

Pero entre usted con él en una cantina á tomar una copa . . . que él pagará, por supuesto; empiece usted á narrarle las miserias en que se ve sumergido al tiempo que el cantinero sirve la copa, apriete usted la nota desoladora en el momento de brindar, suspire usted mirando al cielo después de echado el primer trago, como si quisiera decir: «bebo por acompañar á un amigo tan querido, pero bien sabe Dios que no encuentro gusto en la copa,» y entonces están á favor de usted las veinticinco probabilidades.

Y si todavía está muy duro de pelar, pueden ustedes tomar la segunda copa, que

igualmente pagará él; eso no hay ni que advertirlo. Allí ya puede usted matar impunemente á uno ó dos de sus parientes poco cercanos, para dar más fuerza y expresión á la historia. La víctima se hará el cargo de que sería muy duro abandonar á su desgraciada suerte á un hombre con quien se toma una copa, y antes de acabar la segunda ya ha soltado los diez pesos, que le pesarán de fijo una vez que hayan salido ustedes dos de la cantina y usted despedido de él, diciéndole que es el salvador de una familia «pobre, pero honrada.»

Tan obligatoria y de un uso tan racional y corriente creemos todos la copa, que pasa lo que sigue, lo cual no deja de ser curioso. Un individuo le pide á usted en plena calle una peseta, se fija usted en él, y si le ve sano y joven, se indigna y le dice que se ponga á trabajar, que usted no mantiene vagos. Pero ese mismo perdido se hace convidar á una copa por usted y usted se la paga con muchísimo gusto, y sale diciendo entre sí, con tono de commiseración y orgullo de haber hecho un bien; —¡Pobre fulano! Le pagué una copa . . .

Y lo que le repugna á usted gastar, en admitir un corto sablazo, y hasta en dar de comer á un individuo, lo gasta alegremente con el mismo en unas cuantas copas. . .

Porque el que convida á una copa tiene bastantes ventajas sobre el que da una peseta para comer. En primer término tiene mientras la toma un amigo que le haga la

barba, como aquí decimos, que le adule, que aguanté pacientemente la historia, mentida casi siempre, de su último triunfo amoroso, ó la de sus enfermedades, cosa que todos queremos contar á los otros, sin pensar que á cada cual no le interesan más que las suyas. En segundo término, el que paga la copa para otro, tiene público, tiene *galería*, porque en la cantina siempre hay gente que lo vea, y porque no está bien decir, alabándose, que se le pagó á otro la comida, pero si puede decirse con afectada naturalidad é indiferencia que se le ha pagado la copa...

Los negocios serios, importantes, aunque parezca mentira, los hacemos generalmente con más facilidad en la cantina que en el despacho. Tanto que se inician ó se proponen en éste para irlos á terminar en aquella. Y es que el que toma la copa con otro se cree obligado á ser amable con él, y los sentimientos de bondad y de benevolencia parece que se abren en el individuo con el alcohol. . . . Un hombre con quien usted no haya tomado una copa en su vida, por mucho que usted le quiera le parece que no es su amigo Falta el requisito indispensable, el sello de amistad, el choque de los vasos uno con otro, la expansión que instintivamente se apodera de uno después de haber bebido con la frase sacramental de «á su salud»....

Claro es que se exceptúan los negocios en grande escala, los que representan mu-

chos miles de pesos, porque forzosamente han de revestir una seriedad incompatible con la cantina. Pero oigan á ustedes á dos comerciantes que se citan para arreglar uno al día siguiente y de cada diez veces que los oigan lo menos ocho escucharan estas últimas palabras:

—Bueno, entonces mañana me ve usted para que lo terminemos; ¿verdad?

—Sí, mañana. ¿A qué cantina acostumbra usted ir?

Y esto no quiere decir que seamos unos borrachos, no vayan ustedes á pensar mal, sino que somos así, algo esclavos de la formalidad, formalidad la tenemos hasta para los negocios, y no podemos hacer uno es-cueto, solo, sino dorándolo con la copita y demás alicientes; dándole esa forma. . . . líquida.

Y como además de eso somos la mar de finos, y nos preocupamos de parecer agradables al vecino, aunque en nuestro interior deseemos un tranvía de doble piso por encima de la cabeza, por eso en cuanto hay la menor ocasión metemos la copa, con la frasecita *sine qua non* de «á la salud de usted, señor»

¡PUES QUIEN SABE!.....

Desde Maquiavelo hasta nuestros días, como el afán constante de media humanidad es el de engañar á la otra media, y disimular luego el engaño, se han inventado una porción de fórmulas y contestaciones hechas expresamente para satisfacer al que pregunta y no decirle nada.... Pero con seguridad que todos los diplomáticos del mundo no serían capaces de inventar una contestación que á la vez sea más ingeniosa y menos comprometida, ni que tenga más guasa que la que dan los indios cuando no quieren negar ni afirmar categóricamente, que es en todos los casos:

—Pues quién sabe, señor....

Y de ahí no les saca usted, ni aunque emplee el sistema inquisitorial y les vuelva *bisté* una parte importante de su cuerpo.

Desafío á ustedes á que busquen una contestación que tenga más miga, más sorna... y que sea más á propósito que ésta para sublevar los nervios de cualquiera persona que los use un poco revolucionarios.

Porque el decir, cuando á uno se le pregunta, «pues quién sabe,» es realizar el milagro de contestar á la pregunta de modo que ésta quede en pie en todas sus par-

tes, y el que la formuló se tenga que retirar mohino y cabizbajo, á veces acordándose y no para bien, de la familia del que con tanta ironía le dejó en la misma curiosidad que antes de hacer la pregunta.

Por su parte, el preguntado me figuro que instintiva é inconscientemente, por la fuerza de la costumbre, debe de quedarse riendo para sus adentros y calificando al que le preguntó con algún epíteto despreciativo. Ha triunfado.

Cada uno se venga como puede y opone para vencer una fuerza mayor, la resistencia de que Natura le ha dotado. Unos seres se defienden con lo ofensivo de sus armas, otros por la astucia... El indio es de estos últimos, y perdone el modo de señalar, porque no es que le quiera considerar cuadrumano, sino astuto...

El indio tiene la misma clase de resistencia que el marfil. Da usted un golpe, no tan fuerte como para romperla, con un mazo en una bola de billar, y la bola al sentir el choque se encoge, gracias á lo elástica que es, y parece que lo recibe como resignada. Pero apenas se ve lejos del mazo vuelve á estirarse y á recobrar su posición primitiva, como si nada hubiese pasado, y parece que al hacerlo le dice á su agresor:

—¡Tonto! Tú serás más fuerte que yo, pero contra tu empuje activo tengo la resistencia de la pasividad, y allí te fastidias.

Lo cual viene á ser algo así como *tomarle el pelo al mazo*.

Pues esa es la resistencia del indio, la pasiva, que es la más difícil de vencer que hay, y esa es su venganza; el «quién sabe.»

Pero un «quién sabe» dicho con toda la sorna, con toda la ironía, con toda la calma del mundo, con toda la guasa posible de esa guasa burlona que pone nervioso é inquieto al que la tiene que aguantar Así como quien tiene perfecta conciencia de su poder, como se burlaría un ratón de un gato que tuviese baldadas las patas.....

—Oye, ¿quién ha roto este vaso?

—Pues quién sabe, señor.

—¿Pero quién ha entrado aquí?

—Pues quién sabe, señor.

—Pero es que alguien tiene que haber andado con él.

—Pues quién sabe, señor.

—Y si yo te lo hiciera pagar ahora ¿qué dirías?

—Pues quién sabe, señor. . . .

—¿Es que te estás burlando de mí?

—Pues quién sabe, señor. . . .

Y todo esto acompañado de una risita perenne, estereotipada en los labios del indio, que no la deja ni aun para matarse con otro, ni aun cuando le amenacen con matarle á él, una sonrisa de desdén supremo, de completa indiferencia, de eterna pasividad....

Si es usted de genio fuerte y tempera-

mento nervioso, claro que toca usted el cielo con las manos, chilla, se desespera, pero no adelanta usted nada, porque contra la pasividad, contra la elasticidad, no hay empuje posible. Es como empeñarse en destrozarse el agua á navajazos.

Lo más que hará usted será echar á ese criado de su casa....

Al cual le preguntarán en otra donde pretenda servir:

—Bueno, ¿y por qué te echaron?

—Pues quién sabe, señor.

—Pero, hombre, alguna causa habrá. Harías algo mal hecho ó te reñiría tu amo, ó tendrá mal genio, ó no necesitará de ti... ¿Qué ha sucedido?

—Pues quién sabe, señor....

Y créanme ustedes, lectores, todo lo consigne la costumbre, y por mucha impaciencia y mucha nerviosidad que tengan ustedes en el temperamento, acaban por contagiarse del medio ambiente, porque en lo material, como en lo moral, el carácter ó el organismo, puestos en un medio que les es extraño no tienen más remedio que sucumbir ó amoldarse á él. Y así, después de la infructuosa investigación para saber quién rompió el vaso acaba uno por encontrar la expresión de la más alta filosofía en las contestaciones del indio, y se retira uno diciendo para sí:

—Pues señor, ¡quién sabe quién habrá roto este vaso!

Después de lo cual se queda tan tran-

quilo el ánimo. No hay cosa que tranquilice más que un «quién sabe,» cuando ya se está acostumbrando á él, como contestación última á cualquier problema que se nos presente. Es la filosofía de la impotencia reconocida y estoica y estúpidamente aceptada....

—Oye, dirá un marido á su mujer, al volver á casa después de un año de ausencia, ¿de quién es ese niño de pecho que está ahí?

—Pues quién sabe. . . .

—¿Pero cómo ha venido?

—Pues quién sabe.....

—Y tú ¿cómo lo ignoras?

—Pues. . . . ¡quién sabe!

—Vaya, mujer, vaya, qué casualidad.....

Bueno, pues déjalo ahí y pon la cena.

En fin, á lo mejor le pregunta usted á algún indio de los de ese tipo, que se llama Juan Sánchez:

—¿Tú eres Juan Sánchez?

—Pues quién sabe, señor.....

Y, naturalmente, así viven todos tranquilos y satisfechos.

¡El estado mejor del hombre es el de no saber nada!

SI, SEÑOR

Esos *peladitos* tienen la ventaja, que alguna habian de tener, de ser humildes, exageradamente humildes. . . . Bueno, ya sé que la humildad les dura mientras les dura el temor ó la esperanza de sacar algún provecho, y que si un *pelado* le encuentra á usted solo de noche en un camino no hay tal humildad ni mucho menos, pero no nos metamos á averiguar las causas y proclamemos que el *pelado* es humilde. . . . casi todas las veces.

Tenia yo una criadita cierta vez, y cansado de que á todo lo que la mandaba ó la hacía observar me contestase incondicionalmente «sí, señor,» la dije un día:

—Traeme agua caliente y agua fría, pero las dos al mismo tiempo y las dos en este mismo cacharro.

—Sí, señor, me contestó.

Como es natural, no me trajo lo pedido, y al reclamarla por ello dió la contestación de siempre:

—Pues señor, quién sabe. . . .

Estos *pelados*, en todas las ocasiones, le dirán á usted que sí. No conocen la negativa. No tienen una palabra mala. Luego harán lo que quieran, que es generalmente lo contrario de lo que usted le mandó,

pero le han dicho que sí. Un operario se compromete á lo que usted quiera, á hacerle una mesa en dos horas, á componerle un par de botines en quince minutos, á todo lo que usted necesite. . . . Parece hecho exprofeso para amoldarse á los deseos de usted. No cumplirá nada de lo ofrecido, pero no se atreverá nunca á negarle á usted una cosa; á decirle que no la puede hacer, aunque no pueda efectivamente. No repara tampoco en las consecuencias de su contestación, en los compromisos que con ella se echa encima, no se detiene á analizar la pregunta de usted. . . . contesta que sí, por instinto, por costumbre, por respeto, por lo que ustedes quieran. . . . Les pide usted la luna y le dicen: «sí, señor,» y después se quedan riendo.

—Dame la boquilla que dejé esta mañana sobre la mesa.

—Sí, señor.

Y no se la da.

—Pero ¿me traes esa boquilla?

—Sí, señor.

Otro rato sin traerla. Usted empieza á pensar, al ver aquello, si su criado se está burlando de usted ó si le toma por ebrio ó por loco.

—¿No has oído lo que te dije?

—Sí, señor.

—Pues ¿por qué no me traes la boquilla?

—Porque no está en la mesa. Se la llevó su persona de usted en el bolsillo.

—¿Cuándo fué eso?

—Ésta mañana.

Efectivamente, usted se registra y la encuentra en el bolsillo. Fué una distracción.

—¿Tú viste cuando me la guardé esta mañana?

—Sí, señor.

—¿Y por qué no me lo decías?

—Pues quién sabe, señor.

Va usted á un operario:

—Oiga usted, maestro, ¿me puede usted componer esto que se me ha roto?

—Sí, señor.

—¿Y quedará bien?

—Sí, señor.

—¿Y lo hará usted pronto?

—Sí, señor.

—Bueno, pues ya volveré á recogerlo.

—No más que no hay ninguna substancia con que pegar los dos pedazos, y que después se despegarían luego luego.

—Entonces, ¿no tiene compostura?

—Pues oiga usted, ¡quién sabe!

—Pero ¿usted no se compromete á hacerla?

—Siempre no, señor.

—¡Diganme ustedes el tiempo que hubieran ahorrado si el indio empieza por ahí!

El «sí, señor» es una contestación que la costumbre ha vuelto inconsciente, casi mecánica. Apenas un indio ve que usted se le dirige y empieza á hablarle, ya tiene el «sí, señor» en la boca.

—Mira, te vas á ir á casa de D. Fulano.

- Sí, señor.
 —. . . á decirle que te dé. . .
 —Sí, señor.
 —. . . el paraguas que me pidió el otro día. Puede ser que él no lo tenga.
 —Sí, señor.
 —Que ¿no lo tiene él?
 —Pues quién sabe, señor.
 —Pero si él no lo tiene, le preguntas que á dónde vas por él, que lo necesito. . .
 —Sí, señor.
 —¿Tú ya sabes qué paraguas es?
 —Sí, señor.
 —¿Cómo es?
 —Pues. . . ¡quién sabe, señor!

Da lo mismo que entiendan ó no entiendan la pregunta, que sepan ó no lo que tienen que hacer. A todo contestarán «sí, señor,» invariablemente. Y no es por espíritu de obediencia ó por deseo de agradar, puesto que luego hacen lo que quieren y se burlan de uno. . . . Es porque les parece irrespetuoso contestar que no á un superior.

O es que contestan á todo que sí para no perder el tiempo en discusiones, puesto que después harán lo que les convenga. . . . y para tomarnos el pelo de paso, porque son así de guasones.

Y si esto sucede, no hay más que felicitarles, porque esa es la manera de vivir, diciendo que sí á todo y haciendo cada cual lo que le dé la gana.

LA ARISTOCRACIA

En realidad, aquí desconocemos completamente lo que en Europa se llama aristocracia. . . . y puede que nos vaya mejor desconociéndola. Quedan todavía algunos, pocos ejemplares vivientes de la nobleza de sangre, restos de los antiguos títulos formados por la monarquía española en sus tiempos, pero en nada figuran sus poseedores ni usan de sus blasones y pergaminos más que para andar por casa. Esta nobleza que vive como la ostra, apegada á sus tradiciones y siempre metida en su casa, está, como la forma poética y como la nación china, llamada á desaparecer. De sus escasos miembros, la mayoría han capitulado con el moderno «estado de cosas,» que no reconoce para nada esos títulos ni los otorga, y los que así no lo han hecho se dedican á lucir en familia su nobleza.

La alta sociedad que impera aquí es la del dinero. Si Fulano es persona de educación bastante para presentarse en cualquier lado sin hacer el ridículo, no se pregunta, para clasificarle entre los individuos de «la buena sociedad» de quién descende, sino cuánto es lo que tiene en caja. Hacendados, banqueros, industriales, juntos, naturalmente, son los que ocupan los primeros cargos pú-

blicos, son los que forman la sociedad distinguida, que donde hay dinero lo hay todo, y hasta las buenas maneras se adquieren más fácilmente.

De estas familias mimadas por la fortuna, la tercera parte tienen por jefe á un extranjero, que suele ser español y que también es *yanqui* algunas veces, el cual, ó adquirió capital y posición al mismo tiempo, ó adquirió ésta llevando ya aquél, todo por medio de una boda. Y entre las familias que restan, si nos echásemos en pos de genealogías, no dejaríamos de encontrar algún ascendiente extranjero, creador de la fortuna, más ó menos bien conservada luego, según las aptitudes y facultades de los herederos.

A primera vista sorprende que, aun en los días más bonitos de fiesta, los paseos y diversiones á donde concurre esta buena sociedad, se ven bastante desanimados. Pero luego se encuentra la causa de todo esto, si se tienen en cuenta dos cosas. Primero, que aun cuando la importancia y el número de habitantes de la población hicieran presumir otra cosa, de las cuatrocientas mil almas que aquí vivimos, la mitad son *pelados*, gente que no asoma por esos sitios ni la dejan asomarse, porque «bueno es dormir en la zalea, pero no arrancar la lana,» ó lo que es lo mismo: la libertad para el ciudadano no tiene un límite prudente. . . Y donde digo indios pongan ustedes también mezclados, pero siempre tirando á indio más que á otra cosa. En la mitad restante debemos hacer

particiones entre la clase media y la alta, la menor, poseedora de los grandes capitales, de los grandes negocios ó de los grandes puestos públicos. Respecto á los primeros, no *somos* (permítanme este capricho de incluirme, para los que no me conozcan) ni muchos ni muy crecidos. Los grandes capitales hay que irlos á ver por el interior. Aquí una fortuna de seis ó siete millones de pesos, acaso no tenga similar en la población.

Y segundo, que la parte femenina de esta sociedad alta es lo más retraída y casera que se conoce, hasta el extremo de que, no teniendo la mayor parte del año otra diversión que la del paseo, son muchas las familias que dejan de aprovecharlo. En los teatros es en donde se echa de ver mejor este retraimiento. Quien vaya tres domingos seguidos al Principal, único teatro que actúa todo el año, llega á saberse de memoria las familias que se atreven á salir de casa, que son siempre las mismas y muy pocas. Verdad es que lo que se representa en este teatro no es muy edificante ni muy á propósito, que digamos, para las damas; antes bien, la que allí concurre más de una vez, tendrá que taparse la cara con el abanico, si entiende lo que se dice, aunque no sea más que porque los demás vean siquiera que se la tapa, verdad es todo esto; pero no es menos verdad que cuando vienen otros espectáculos de género distinto y más decente, sucede lo mismo. . . Llega la compañía de ópera, y como ya hace tiempo que no han

lucido el frac ellos y el vestido descotado ellas, toman el primer abono la mayor parte de las familias, y así hacen ostentación ante las otras, de que tienen trajes y dinero para el abono. Pero en el segundo ya no hay un alma, todos han desertado. Cumplido aquel objeto, pronto se cansan de salir de noche. Viene una compañía de verso, y se hunde. Solo pudo sacar á la gente de sus costumbres María Guerrero, y eso por la fama de elegancia que traía, por haber estado en París, por ser los artistas medio nobles y nobles enteros, por mil circunstancias ajenas á su mérito artístico.

El ideal de nuestra buena sociedad es no salir de casa, más que á alguna que otra visita, á compras ó á la iglesia, único sitio que tiene el privilegio de excitar á las señoras á pisar la calle, cenar temprano, rezar el rosario y acostarse. Y esto será muy bueno y muy cómodo para los señores y señoras mayores, que se asustan de todo, que afirman seriamente que esta sociedad está perdida, que *aquellos tiempos* eran mejores, etc., etc., mas para las jóvenes es una muerte. . . . ¿En qué se quiere que se diviertan los muchachos? Luego nos quejaremos de que se pasen el día en las cantinas, de que frecuenten las casas de juego ó de que vayan á otros sitios. . . . ¿Pues qué, se quiere que sean santos? A fe que si la sociedad fuese de otra manera, si hubiese tertulias, bailes, reuniones donde se diera á los muchachos ocasión para diver-

tirse honestamente, como manda el catecismo, ¡oh, papás de familia púdicos y escrupulosos! esos muchachos se divertirían más y. . . pecarían menos.

Pero no, la virtud y la honestidad no la conciben ciertas señoras, sino metiéndose en casa, dando lugar á que escapen de ella los muchachos como de la peste y á que se aburran con toda honestidad las muchachas. . . . Los bailes, las reuniones, todos esos atractivos de la sociedad, no los conocemos. Fuerza nos es contentarnos con tomar un periódico europeo, leer la sección de notas sociales y empezar á relamernos los labios de gusto con la descripción de la fiesta. . .

Alguna que otra vez que una familia verdaderamente heroica se decide á dar un baile, se habla de ello en toda la ciudad con seis meses de anticipación y se sigue hablando otros seis después de efectuado, como si fuese un acontecimiento notable de esos que pasan á la historia. . .

Y el héroe que da el baile, lo da á todo costo, sin reparar en gastos, de tal modo que, por muy rico que sea, no puede repetirlo, sino cada tres ó cuatro años á lo sumo, y aun así es ya una esplendidez. Y las demás familias, en la imposibilidad de imitarla en esto, deciden no abrir sus salones, y así vamos pasando. Si de buena fe, sin deseos tontos de ostentación, sin pretensiones, se reunieran en cada casa las familias una vez al mes, gastando en los doce me-

ses del año menos que aquella familia gastó en un solo baile, la gente joven lo agradecería mucho más seguramente.

Y se podría decir que en Méjico la buena sociedad cumplía su misión. Porque eso de vivir encerrada en casa, sin salir á ningún lado, yendo, si salen, siempre en coche cerrado (hasta hace muy poco no comenzaron á tolerar el coche abierto) será muy apropiado para irse derechito al cielo, pero es bueno no echar en olvido que «alegría no quita virtud» y que Santa Teresa bailaba á la puerta de su casa. . .

“LOS LAGARTIJOS”

Ni sé el origen, ni el simbolismo, ni la etimología de la palabra, ni he hablado nunca con quien lo sepa. Por lo tanto, no puedo explicarme por qué han de llamar *lagartijos* á eso; á lo que en España llaman sietemesino y en Francia gomosos. De lo que sí estoy seguro es de que el nombre no tiene nada de cariñoso ni cosa parecida, y sí mucho de despreciativo y burlón. Y que los *lagartijos* me perdonen, pero yo no hago más que narrar. . . .

El lagartijo este tiene muchos puntos de contacto con el gomoso de las capitales eu-

ropeas. Si difiere de él en que es un poco más tonto.... Y voy allá con la explicación. En países donde hay verdadera aristocracia, donde hay gran sociedad, donde ésta tiene fiestas, bailes, tertulias, centros, reuniones y modos propios y peculiares de divertirse, el lagartijo, gomoso ó como quieran ustedes llamarle, cumple una misión.... Buena ó mala, les concedo á ustedes que sea mala para que opinemos casi lo mismo, pero él cumple una misión y tiene una razón de ser y de existir. Pero en Méjico no tenemos esa gran sociedad.... Había antes un hotel con ese título y ya ni eso nos queda. En Méjico no hay vida social, la única aristocracia es la del dinero ó la del talento.... si tiene dinero, y esa aristocracia es extraordinariamente sencilla en sus costumbres y en sus gustos y extraordinariamente retraída para las diversiones, á tal grado que, fuera del teatro alguna vez que otra, y del paseo, no diariamente, no va á ninguna parte. No se dan bailes, ni tertulias, ni reuniones... ¿Me quieren ustedes decir qué pitos toca un gomoso en esta sociedad? Por eso le he calificado de doble tonto que el europeo, porque aquél hace algo, algún papel, sea el que sea y como ustedes lo quieran juzgar, pero éste no hace nada... Y si es tonto ser gomoso, donde hay campo de acción para la goma, díganme ustedes á qué adjetivo se hace acreedor el que lo es donde no tiene sitios ni ocasiones donde lucirlo.

El lagartijo nació para imitar al gomoso, es claro, pero resulta como aquel que para no ser menos que un amigo que monta á caballo se hiciese un magnífico traje de montar y se encontrase después sin dinero para comprar la montura.

El lagartijo es, no hay que decirlo, generalmente rico en su casa, enfermo y delicado, estudiante de cualquier carrera que no estudia ó con un título ya en el bolsillo, que no sabe cómo ha podido alcanzar y del cual ignora qué hacer, porque no ha aprendido el modo de usarlo. Como las modas suelen llegar aquí algo atrasadas, él viste á la última que llega, que no es la última de Europa ni mucho menos, pero él se lo cree y vive feliz. Lleva el cuello de la camisa alto, muy alto, altísimo, hasta las orejas, casi, de modo que apenas puede mover la cabeza independientemente del cuerpo, y parece que le han hecho de una sola pieza ambas partes, y luego se las han soldado. La corbata varía, pero siempre llama la atención por algo, el sombrerito de fieltro lleva la parte delantera del ala doblada hacia los ojos al estilo pillín, porque además de elegantes son pillines; los pantalones cortos y doblados para arriba, aunque esté seco el piso, y la flor correspondiente en el ojal. En fin, el tipo común y corriente de gomoso ó lagartijo de todas las capitales grandes, aunque algo atrasado en modas y en figurin por lo que ya dije. Ahora bien, *la última* estri-

ba en armonizar, en cuanto sea posible, todas estas cosas con el tipo yanqui, tal como lo vemos en los que por esta capital se descuelgan diariamente, que son muchos más de los que pudieran desearse. Y así, el lagartijo se afeíta, se deja el pelo largo por detrás y procura dar á su fisonomía cierta rigidez y cierta gravedad á sus andares. Todo unido con lo que ya se ha expuesto y sin olvidar el bastoncito con el cual se ha de jugar distraídamente haciendo figuras bonitas, y los guantes. Y los lagartijos me perdonen, pero tengo para mí que á los de esta raza casi latina, como á los de latina enteramente, les sienta lo sajón como á un cristo un par de pistolas.

Ni aquí ni en parte alguna suele servir el lagartijo ó gomoso, el que toma á pecho el pertenecer á esta clase para nada útil. Excusado es decir, por tanto, los servicios que prestarán aquí. Sirven como adorno de la calle á la vuelta del paseo, para pasar revista á las damas que vuelven de él, hablar mal de ellas y saludar especialmente á las que van en coche, con un movimiento de sombrero ó de dedos, según la mayor ó menor confianza, una barbaridad de mono y sugestivo; sirven también para desesperar á los comerciantes de esas calles, ante cuyos aparadores ó escaparates se paran á formar la tertulia y desempeñar las labores que ya dijimos, quitándoles la vista, y lo que es peor, la venta, por cuya causa se suelen armar conflictos y hasta

requerir el auxilio de la policía para dejar los grupos.

Y si me amenazan con colgarme si no lo digo, de seguro no diré más cosas para las que sirvan los lagartijos. ¡No tienen tampoco á dónde ir ni en dónde ni en qué lucir su *lagartijería!*

Claro es que hay lagartijos de todas clases, y que, dentro del género existen familias y variedades hasta lo infinito, pero los lagartijos más lagartijos, los más *enragés* se encuentran principalmente entre los muchachos hijos de extranjeros. Los españoles sobre todo, que son los que más se casan aquí, son también los que dan mayor número de lagartijos. El padre, que salido de una esfera social humilde por su trabajo, se engrandece, sube y hace un capital, casi nunca enseña á su hijo á trabajar como él, sino que le destina á otro género de vida, otra posición, todo, en fin, lo que él no pudo alcanzar para sí. Y todos dan á sus hijos carrera, que por lo general es no darles más que el medio y la ocasión de gastar el dinero en grande y el pretexto para no estudiar ni hacer nada.

Y he aquí cómo sale el lagartijo.

Pero éste no es fruto exclusivo de Méjico, sino de todas las naciones civilizadas, desgraciadamente.

Y bien mirado, no es este país de los más abundantes en el fruto, sino todo lo contrario. Resultado tan feliz depende de que Méjico es una ciudad trabajadora, indus-

trial, comercial, donde se desvela poca gente y madruga mucha, donde se habla de negocios constantemente, donde estos llaman la atención más que las diversiones... y el lagartijo no puede medrar en ambiente tan hostil y poco adecuado.

Por eso hay pocos aquí, pero por lo mismo que hay pocos llaman más la atención esos pocos que hay.

AMOR A PUÑETAZOS

Desde el momento en que el placer y el dolor pueden confundirse ante nosotros, porque en llegando á ciertos límites de la escala no los podemos diferenciar, lo mismo que sucede con los colores y los sonidos, puede aceptarse aquella teoría de que *hay placeres dolorosos* y viceversa; yo declaro que no entiendo muy bien la teoría, mucho menos podré explicarla, pero ella existe. ¡Cuántos vicios tenemos á los cuales nos entregamos con verdadero deleite, con toda fruición, que no vienen á ser más que mortificaciones y padecimientos! Hay quien come yeso, quien se muerde los labios y otras costumbres así que, para el que no las ha adquirido aún, resultan perjudiciales ó do-